

La enseñanza de la Filosofía en el Bachillerato

LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA Y EL BACHILLERATO

MANUEL CARDENAL IRACHETA

ARGUMENTOS HISTÓRICOS

Como hilo conductor para responder adecuadamente a la cuestión de cuál y cómo debe ser la Filosofía en el Bachillerato, recordemos el viejo dicho: "La filosofía con barbas". Lo que descubre la frase es que hay dos épocas en la vida del estudiante: una con barbas y otra sin ellas. Y que las barbas —que no son otra cosa que la pubertad y la salida de la niñez— marcan la ineludible separación de dos tipos de enseñanza y de dos contenidos de esta enseñanza.

Así, pues, si queremos tomar en serio la cuestión nos veremos precisados a plantearnos el sentido del llamado Bachillerato, y corrientemente "Enseñanza Media". Contra la opinión vulgar, hoy tópica en la legislación, y no sólo en España, sino también de otros países, vamos a sostener que no hay tres grados en la enseñanza: el primario, el secundario —la "enseñanza media"— y el superior o universitario, como se ha tenido por inconcuso desde la reforma napoleónica (1).

Procedamos con las argumentaciones pertinentes. Primero los argumentos históricos. La Edad Media y la Edad Moderna, hasta el siglo XIX no conocieron más que dos grados de enseñanza: la de las escuelas de Gramática y

la Universitaria (2). El niño —*puer*— aprendía a leer y escribir, cuentas y rudimentos de latín en las escuelas —*ludi*—, un poco como jugando. A los catorce o quince años ingresaba en la Universidad, donde, salvo precoces Lope —Lope mintió que se había bachillerado a los doce—, en tres o cuatro años estudiaba latín de lleno, tal vez griego y filosofía. Bajo la palabra filosofía se comprendían entonces las llamadas ciencias y la misma filosofía —"filosofía natural", lógica, ética y metafísica—. Con diecisiete o dieciocho años el escolar pasaba a las Facultades mayores: Teología, Derecho, Medicina. Estas Facultades —estudios profesionales, diríamos hoy— eran capacitaciones técnicas, "carreras", que respondían a las necesidades de la sociedad. Los estudios de Bachillerato —ciencias, lenguas clásicas, filosofía— eran el primer tramo universitario o de la enseñanza superior facultativa, en un triple sentido: a), en el tiempo, ya que cronológicamente, y perdón por la redundancia, se tenían que cursar antes que los mencionados facultativos; b), también en el sentido formativo humano, como constituyendo aquellos saberes que potencian desinteresadamente la mente humana, y por ello fueron dichos *Humanidades*; y c), en razón de ser, instrumentalmente, precisos para abordar las técnicas facultativas —el latín como idioma científico universal, por ejemplo—.

Estos estudios de Humanidades se llamaron asimismo Facultad de Artes, y sus alumnos, artistas. Requerían el pleno desarrollo psíquico del alumno, mientras que los estudios en las escuelas de Gramática —nuestras escuelas primarias y elementales— podrían llevarse a cabo en grados inferiores del desarrollo mental, con

(1) En realidad, después de la reforma napoleónica de 1802 se han concebido cuatro grados, ocupando el segundo los *Institutos*, con el nombre de *Escuelas Secundarias*; los *Lycées* eran verdaderas Facultades de Ciencias y Letras. El cuarto grado eran las *Escuelas Especiales*, concebidas ambiguamente, ya como *Escuelas profesionales* (Derecho, Medicina, artes médicas y químicas), ya como hogares del cultivo desinteresado de la llamada *investigación*. Este equívoco perdura.

(2) El esquema universitario está figurado en el *trivium* y el *quadrivium* (Letras y Ciencias). No hay que alucinarse por el escaso contenido de aquellas disciplinas. Se enseñaba lo que se sabía. Lo que importa es el carácter superior y enciclopédico de la enseñanza, y la ineludible necesidad de formar la mentalidad del hombre con el doble juego de las artes *sermonales* y las artes *reales*. Toda división del Bachillerato universitario es contra natura humana.

Don MANUEL CARDENAL IRACHETA es catedrático de Filosofía de Instituto, y secretario de la Revista de Estudios Políticos, así como profesor del Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Ha publicado muchos trabajos, especialmente sobre Filosofía moderna.

babas, como dice también el refrán aludido (el latín con babas y la filosofía con barbas). Esto nos lleva como de la mano al segundo argumento.

ARGUMENTO FISIOLÓGICO-PSICOLÓGICO

Segundo argumento, fisiológico-psicológico. Es sabido y trillado que todos los *tests* psicológicos, desde Binet, tratan de graduar los pasos de la inteligencia en función de la edad fisiológica. El concepto de edad mental debe ser concomitante con el de edad fisiológica. Un niño a los diez años debe resolver determinadas situaciones, las que le plantee el *test* de su edad. Si no las resuelve será un retrasado. Si es capaz de resolver, además, situaciones propias de edades más avanzadas, será un superdotado. Niños normales, retrasados y superdotados, he aquí una clasificación paralela, aunque de vuelo más corto, a la famosa de Aristóteles en su *Política*: hombres sociales o adaptados, hombres insociales por inadaptados, deficientemente, y hombres inadaptados por *divinos*, es decir, superhombres.

Pero cuando el niño llega a resolver los *tests* de adultos superiores hacia los quince años, ha dejado de ser niño. Ya no hay más que hacer ni que graduar en su inteligencia. Podrá el joven, de ahora en adelante, saber más o menos, adiestrarse en este o aquel ejercicio, tener o no tener talento, pero su inteligencia no aumenta. La consecuencia es clara. Debe haber un tipo de enseñanza adecuado a la edad infantil, y otro a la edad adulta. Y esta es la distinción fundamental.

Ambos argumentos están diciendo claramente que no existe "enseñanza media", a no ser que se entienda por ello los grados superiores de la Escuela; que el Bachillerato es universitario, no pre-universitario, que es fundamentalmente universitario. El malentendido está aquí en la constitución, en el siglo XIX, de las Facultades de Letras y Ciencias. Estas Facultades no son sino el Bachillerato, el *trivium* y el *quadrivium* de la Edad Media, o incluso las *écoles centrales* de la Revolución francesa, las humanidades de la Facultad de Artes. Por eso nuestras Facultades de Letras y Ciencias se han balanceado entre enseñar elementalidades —que ya debían saber los alumnos con el Bachillerato— y una retirada aristocrática a los campos de la investigación. Pero la Universidad, como cuerpo docente *sensu stricto*, no debe investigar. Otra cosa es que la Universidad, como Corporación, sostenga Institutos de investigación.

Desconocer lo anteriormente dicho es ocasionar graves confusiones. Una de ellas, en la que caen los Institutos antipedagógicamente, es hacer convivir a seres humanos que por su conducta natural deben estar separados. Otra es la que obliga al personal docente a hacer

cara, sin la debida preparación, a dos tipos de enseñanza, la elemental y la cuasi-universitaria, siendo pedantes con los niños, y tal vez no bastante científicos con los mayores. No menor es el peligro de la enseñanza cíclica, con la que se quiere salvar la transición de una a otra enseñanza, y que suele no ser cíclica, ni de materias ni de métodos, no pasando de constituir un despedazamiento de programas. Lo que hay que ver es que un niño de doce años no puede entender la gramática, pero sí puede aprender una lengua; que un niño de doce años tiene el instinto de coleccionar, pero sólo a los quince o dieciséis puede entender lo que es una clasificación natural, *et sic de coeteris*.

Hay, pues, que determinar claramente qué se puede enseñar antes de los quince años, aproximadamente, para con ello constituir el programa de los últimos grados de la escuela. La enseñanza primaria ha de prolongarse hasta esa edad, y debe estar en manos de personas acostumbradas a tratar con niños. En nuestro país, donde los niños suelen ser precoces sexualmente y socialmente —los llamados listos, que no son los "agudos" que dicen los aragoneses—, retenerlos en un tipo de actividad docente y de convivencia aparentemente "retrasada", es útil, y creo que aconsejable. Con tal, claro está, que el maestro tenga una cultura superior a la que hoy posee. El maestro de estos grados debe tener una cultura universitaria, como la tenían los viejos dómines de las escuelas de Gramática; pero no debe ser un profesor universitario, es decir, no debe tener la pedantería del catedrático de Universidad o de Instituto. Y debe estar templado en un conocimiento tanto teórico como práctico de la psicología infantil.

El actualmente llamado Instituto ha de quedar, pues, integrado en la Universidad, como siempre lo estuvo, salvo en la desconcertada época postnapoleónica. Debe, como en la Edad Media y en el Renacimiento, proporcionar al joven los saberes básicos, en el doble sentido de fundamentales y de instrumentales. Esta integración supondría la desaparición definitiva de los "preparatorios", subterfugio pedagógico de mala memoria, y que la cultura ganara su sentido unitario en la adquisición sumaria, pero fundamental, de las Humanidades de nuestro tiempo.

Con todo lo dicho, si no me engaño, puédesse enfocar el problema de la enseñanza de la filosofía en el Bachillerato; insisto: en el Bachillerato o Facultad de Artes.

Todos los hombres se interesan, naturalmente, por las cuestiones filosóficas; pero la filosofía es siempre un saber estricto, difícil de alcanzar. Cuando no es charlatanería, este saber supone otros muchos saberes y, además, la experiencia de la vida. Un joven a los dieciséis años no puede saber mucho, y apenas tiene experiencia de la vida. Por eso Aristóteles dijo ya, en su *Ética a Nicómaco*, que el joven no es buen

oyente de filosofía. ¿Qué hacer, pues? Toda la educación es una fuerza que se hace a la naturaleza. Es una maduración forzada del hombre. Aquí, en el caso de la filosofía, tendríamos que acentuar la fuerza de modo que captemos en alguna medida la atención del escolar. No hay regla que ofrecer: sólo entregarse a las dotes persuasivas "psicagógicas" diría Platón, del maestro. El estudio de la filosofía es siempre una iniciación por un maestro de "novicios". La fuerza que hemos de hacer al oyente de filosofía es siempre del tipo de la persuasión, de la seducción.

Sin embargo, a los dieciséis o diecisiete años un joven debe poseer los suficientes conocimientos positivos para que pueda ser llevado de algún modo al campo de la filosofía. En primer lugar, se le puede ofrecer un curso de lógica y ontología, con el objeto de hacerle ver la estructura del saber que ya posee. Aquí, la gramática y la retórica deben ayudar a la lógica y a la ontología. En el último curso del Bachillerato puede también intentarse desarrollar ante los ojos del alumno el panorama de las ideas que han constituido el acervo histórico del pensamiento humano, y muy particularmente de aquellas que dominan el pensamiento actual, o se trataría de una historia de la filosofía, sino de un despliegue de ideas. No de una exposición de sistemas, sino de una vista de las ideologías de cada época, y muy particularmente de la actual. No se trataría de discutir los sistemas, dando unos por válidos y otros por falsos, sino de explicar cómo han pensado los hombres en el pasado y cómo piensan en la actualidad, y al par de buscar los motivos de

tales pensamientos y las circunstancias en que se han producido.

Dos cursos, pues, uno en cada uno de los últimos del Bachillerato, cuyas materias serían lógica y ontología —que son inseparables— y el panorama de las ideas o del pensamiento humano. He aquí el contenido de esta disciplina que nos parece adecuado. En total podrían ser seis horas semanales, tres en cada uno de ellos.

No hay que quererlo abarcar todo. Unas pocas disciplinas, bien estudiadas, son suficientes para abrir puntos de vista sobre la realidad y el saber que quedan cerrados a muchas "asignaturas" flojamente estudiadas y flojamente enseñadas. Hay que huir, además, de la "cultura general", gran almacén de vaciedades, útil sólo para resolver los problemas del damero maldito, hacer crucigramas o lucirse en el café entre analfabetos. Digo esto pensando en quienes, marchando sobre rutas muy pisadas y con antojeras, preguntan por la Psicología o la Teoría del Conocimiento, etc. No obstante, dos palabras sobre la Psicología: Como ciencia natural no es propiamente filosofía. Puede incluso explicarla el catedrático de Biología, a quien le es muy próximo en su saber. La llamada *racional* ya surgirá, y continuamente, en forma viva al estudiar la historia del pensamiento humano. Confíemos, pues, en que el profesor de filosofía sabrá su oficio. Legislar en filosofía, y en tantas otras cosas, es descansar hipócritamente en los renglones —letra muerta— de cualquier boletín oficial. Este descanso hipócrita es, sin duda, un modo deficiente de vida. Y la filosofía es vida, o no es nada.